

¿QUE NO HAYA RICOS O QUE NO HAYA POBRES?

El dilema planteado recientemente en un semanario por el Ministro José Piñera pone el dedo en la llaga de uno de los problemas en torno a los cuales mayor confusión, consciente o subconsciente, existe en nuestro país.

¿Qué es lo que se desea? ¿Que no haya ricos o que no haya pobres?

Seguramente no faltarán quienes se sorprendan ante tal disyuntiva. Para muchos, el imperativo moral, humano y social de vencer la pobreza, supone eliminar o disminuir la fortuna de los ricos. "Que no haya ricos para que no haya pobres", sintetizaría el enfoque que tradicionalmente ha difundido la izquierda en nuestro país, encontrando desaprensivo eco en sectores de inspiración cristiana, y aun de carácter eclesiástico.

En esa errónea aproximación al problema, subyace generalmente el olvido o menosprecio que para el bienestar de cada persona, tiene el aumento de la riqueza nacional. Nadie niega conceptualmente que sólo aumentando en forma acelerada y sostenida el producto nacional, es decir, los bienes y servicios que el país produce, es posible superar el subdesarrollo y su secuela de pobreza material y atraso cultural. Sin embargo, en su actitud práctica, son muchos los que operan de hecho como si la riqueza nacional fuese constante. Como si la torta a repartir se mantuviera siempre idéntica. Y en tal caso, resulta explicable que la atención se fije unilateralmente en el tema de su distribución, y se piense que sólo quitando a los ricos se hace posible satisfacer a los pobres.

La realidad es ciertamente muy distinta. Toda la clave en la lucha contra la pobreza reside en el mayor aumento posible del producto nacional, única base sobre la cual se puede repartir creciente bienestar y no pobreza. Frente a tal evidencia, se han ideado y aplicado dos sistemas diversos.

Por una parte, las tendencias socialistas, tributarias en su mayor parte de las fallidas predicciones y falsos dogmas de Karl Marx, buscan en el estatismo la vía para el desarrollo. La propiedad estatal sobre los medios de producción, el manejo centralmente planificado de la economía y una distribución supuestamente igualitaria de los bienes y servicios entre todas las personas, son los rasgos distintivos de todo auténtico socialismo.

Por otro lado, la moderna economía social de mercado procura el crecimiento económico a través de la propiedad privada de los medios de producción, el fomento de la iniciativa particular como motor de la economía, y el respeto a las leyes del mercado

como medio para una eficiente asignación de los recursos productivos. La función redistributiva es realizada aquí por un Estado que se apoya para ello en los elementos antedichos, en lugar de destruirlos o desconocerlos. El resultado de ambos sistemas está a la vista. El socialismo sólo ha sido capaz de generar un crecimiento económico lento y mediocre, que lo ha obligado a distribuir pobreza, como en la Unión Soviética y sus satélites europeos, cuando no miseria, como en Cuba. A su vez, los presuntos logros igualitaristas del socialismo, aparte de no aplicarse a los jefes o privilegiados del régimen, implican siempre una nivelación hacia abajo. Y como la tendencia natural en el ser humano apunta a su permanente superación, lo anterior exige invariablemente un Estado policial que asfixie toda expectativa de mejores horizontes.

La economía social de mercado ha revelado en cambio su eficacia para producir un desarrollo notablemente más rápido, elevado y persistente. Ha demostrado ser asimismo el único camino que compatibiliza el progreso con la libertad política, económica y social de las personas.

Entre los dos sistemas antedichos, todo intento de una "tercera posición" esencialmente distinta a ambas, no ha pasado de ser una ilusión o una utopía. Forzadas a concretarse, las "terceras posiciones" han quedado al desnudo en su confusión teórica y su fracaso práctico. Ello comprueba que si bien existen variantes dentro de los dos sistemas descritos, no hay ninguna fórmula real capaz de erigirse en alternativa frente a ellos.

Lo expuesto puede resultar para algunos demasiado sabido o general. No obstante, la falta de rigor lógico para derivar sus consecuencias, aparece como el origen más frecuente de ex-

tendidas contradicciones en la materia.

En efecto, si se reconoce la iniciativa particular dentro de una economía libre, como el gran motor del desarrollo necesario para vencer la pobreza, urge aterrizar este concepto precisando quiénes son los agentes concretos de ese proceso, y cuáles son sus características fundamentales. Es entonces donde se advierte que esa iniciativa particular está representada por dos elementos perfectamente determinados: los empresarios y los inversionistas.

El empresario es aquel hombre cuya vocación consiste en crear bienes y servicios, y simultáneamente ganar dinero. La voluntad de hacer cosas es tan inherente al empresario como su ánimo de lucro. En eso se diferencia tanto del especulador, a quien no le interesa crear riqueza, como del filántropo, a quien no le atrae el lucro. Al empresario no le basta con ganar dinero, pero tampoco concibe su actividad con prescindencia del lucro. La concurrencia de ambos factores como elementos indisolubles, tipifica su vocación.

Ahora bien, como toda vocación, la del empresario supone y lleva anexa las aptitudes necesarias para su desarrollo: habilidad para inventar el modo de traspasar al proceso productivo los adelantos científicos y tecnológicos, y para hacer que nazcan nuevas riquezas materiales allí dónde éstas sólo existían en potencia. Y nada es más erróneo que creer que dichas aptitudes son comunes a la generalidad de los seres humanos, como parecen pensar quienes propician convertir la tarea empresarial en una especie de función asignable a todas las personas, al modo de aquellos modelos de organización de la economía sobre la base de "empresas de trabajadores" o autogestionadas, impuestas compul-

sivamente como únicas o preferentes. Ese error capital de no entender que la aptitud empresarial responde a una vocación específica y poco frecuente —tanto menos cuanto mayor sea la calidad que de ella se pretenda— es la raíz de la falla del "socialismo comunitario" y de toda otra fórmula de "tercera posición" en la materia, aparte de que dichas utopías exigen además sacar el funcionamiento económico de las sanas reglas competitivas propias del mercado, agravando así su inevitable fracaso.

Por su parte, el inversionista es quien arriesga su capital con similar finalidad que el empresario: producir bienes y servicios, y obtener además para su inversión una rentabilidad lo más alta y segura posible. Si bien su actuar no constituye una vocación, como ocurre con el del empresario, el inversionista se mueve tras los mismos propósitos objetivos. Habitualmente, en el empresario concurre también la calidad de inversionista. Y cuando ésta se da en forma independiente, si bien su móvil directo es el lucro, su obtención se busca a través de la creación empresarial de un tercero. En definitiva, ambos elementos se requieren recíprocamente entre sí de modo indispensable.

Obviamente, el inversionista sólo afronta el riesgo inherente a toda inversión, en la medida en que el posible éxito le reporte un beneficio pecuniario atractivo. Lo común será que la mayor seguridad vaya acompañada de una menor expectativa de ganancia o rentabilidad. Pero existiendo siempre algún grado de incertidumbre, nadie se arriesgaría en una inversión cuyo lucro potencial sea muy bajo o inexistente. Ni siquiera se justificaría en tal caso el esfuerzo previo del ahorro que supone la formación de todo capital.

Además, y como de hecho las alterna-

tivas mundiales de inversión son y serán siempre múltiples, el inversionista se inclinará por la más atractiva. La experiencia invariable de la fuga de capitales de aquellos países que no brindan perspectivas interesantes y sólidas de rentabilidad, podrá criticarse con toda suerte de pseudoargumentos moralistas, pero su carácter inexorable revelará siempre que se trata de un fenómeno que responde al orden natural de las cosas. Basta para ello constatar cuán distinta de sus palabras, es la conducta de esos mismos soñadores o pseudomoralistas, a la hora de resolver sobre la inversión de sus propios ahorros. La común actitud de toda persona ante esta realidad, es la prueba más definitiva y elocuente al respecto.

Lo expuesto conduce a una conclusión inequívoca: si se quiere derrotar la pobreza, y lograr para ello un desarrollo acelerado y sostenido de la economía, resulta imperioso admitir —y más que eso estimular— la acción mancomunada de empresarios e inversionistas, y por ende la constitución y el incremento de fortunas personales significativas. Sólo en un país que cuente con una riqueza nacional suficiente, la acción redistributiva del Estado puede convertirse en agente de bienestar para los más pobres. Y esa mayor riqueza nacional sólo puede lograrse en una sociedad que permita a las personas dotadas para crearla, actuar con dinamismo y eficiencia en una vocación o actividad que es inseparable de su lucro individual.

Que haya ricos —que contribuyan a construir un país rico— para posibilitar que no haya pobres. Esa es la única respuesta realista para vencer la pobreza. A esos ricos, el Estado les sustrae parte de sus ganancias por vía de impuestos, para beneficiar directamente a los más pobres. Dicha sus-

tracción tributaria ha de ser lo más alta posible, con el solo límite de que no por elevarse demasiado, haga perder al empresario o al inversionista el incentivo para generar esa mayor riqueza. Porque en tal caso, ésta no se producirá y el Estado no podrá redistribuirla. Se reducirá entonces a tener que repartir pobreza. Tan clara, pero vulnerada ecuación pragmática, representa un camino adecuado en la lucha contra la pobreza.

A esta altura del raciocinio, no faltarán quienes esgriman los peligros morales que conlleva la excesiva riqueza para quienes la detentan, o los riesgos de materialismo o "consumismo" —como ahora se dice— que acarrea el desarrollo. Tales aprensiones son ciertamente válidas. Pero su superación ha de buscarse en una formación espiritual que brinde a las personas una adecuada escala de valores frente a la vida, que convierta al hombre en real dueño de las cosas, y no en esclavo de ellas. Alejarlo en cambio del progreso material para evitar los peligros de éste, conduciría por idéntico raciocinio a oponerse al avance intelectual y cultural, ya que nadie puede desconocer los riesgos morales que éste también comporta, criterio que en definitiva contradiría el mandato dado al hombre de "dominar la tierra".

En todo caso, la disyuntiva es nítida e ineludible: o se impugna la existencia de ricos y se acepta entonces la mantención de la pobreza para grandes masas de seres humanos, o se admite y fomenta la existencia de ricos a fin de vencer la pobreza de todos.

De nada vale frente a dicha evidencia, quejarse de que esto implica postular el "chorreo". Desacreditar las realidades con palabras peyorativas es tarea siempre fácil, pero no consigue modificar el contenido objetivo de los

problemas ni la forma efectiva de solucionarlos. Por lo demás, la historia es un testimonio sostenido de que en todos los campos de la vida humana, desde la filosofía o la ciencia, hasta el arte o la economía, desde el cultivo del saber hasta el del deporte físico, siempre el progreso se ha logrado por el fruto con que la obra de pocas eminencias cumbres se ha derramado sobre el resto del cuerpo social. Y el logro del bienestar material no constituye una excepción a dicha realidad. Lo único difícil es que ello implica aceptar la desigualdad como un dato de la Creación. Por ello es que la utopía del igualitarismo absoluto paga siempre el precio de lo antinatural. Igualdad en la pobreza, y dentro de un Estado policial, es una alternativa

siempre abierta. Pero sus propulsores no tienen autoridad moral para reprochar entonces la existencia de esa misma pobreza, ni tampoco para erigirse en defensores de los derechos humanos que ese régimen policial habrá de conculcar. La otra opción consiste en tender a que, junto con posibilitar la libertad personal, se construya una sociedad sin pobres, pero que, desde un nivel mínimo digno hacia arriba, contemple variadas desigualdades que incluyan la existencia de muchos niveles de ricos. Sólo que en este caso, es menester superar el más fuerte pero negativo impulso del hombre, que es la envidia. Pero el dilema no admite evasivas: ¿Qué es lo que se desea? ¿Qué no haya ricos o que no haya pobres?

R